Sr. D. Pedro M. Arcaya
Ministro de Relaciones Exteriores

DR. ARISTIDES ROJAS

BIOGRAFIA

DE

Eulalia Ramos Sánchez de Chamberlain

Célebre heroína de la Casa Fuerte de Barcelona

Llamada erróneamente Eulalia Buroz

Victimada el 7 de abril de 1817

CARACAS
TIPOGRAFIA BOSTON
1925

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

EULALIA RAMOS SANCHEZ DE CHAMBERLAIN

Célebre heroina de la "Casa Fuerte" de Barcelona

Copia de una miniatura de aquel tiempo

POR LA VERDAD HISTORICA

Y DE PATRIOTICA JUSTICIA

Muy patriótica y muy plausible ha sido la noble idea de varias honorables señoras, distinguidas señoritas e ilustres caballeros de la gloriosa ciudad de Barcelona, al haberse constituido en Junta con el propósito de erigir un monumento a la célebre heroína de la Casa Fuerte de aquella histórica ciudad, consagrado al honor y al valor de la mujer venezolana.

Quien glorifica los Héroes honra la Patria.

Con tal motivo creemos oportuno y a la vez un deber de justicia patriótica, como deudos que somos de aquella ilustre patricia, (1) recopilar algunos datos auténticos sobre su historia y publicarlos con la presente Biografía escrita por el ilustre arqueólogo y erudito historiador Dr. Arístides Rojas.

Antes queremos expresar nuestro agradecimiento por la labor iniciada bajo tan buenos auspicios al Gobierno Nacional, al Presidente del Estado Anzoátegui, a la honorable Junta de damas y caballeros, al noble pueblo de aquella Entidad Federal, por haber acogido con patriótico entusiasmo esta sublime idea; a la Prensa que se ocupa de este asunto y al señor Dr. Vicente Dávila, Archivero Nacional, quien con acuciosidad ha contribuido al esclarecimiento de la verdad histórica.

---

1 General Antonio León Rivero, Miguel, Rafael y Carmen León Rivero, sus sobrinos carnales en segundo grado.

* * *

En el año de 1804 tuvo que levantar un justificativo el señor don Francisco Antonio Ramos para presentarlo en Caracas ante el Juzgado Real, Juez, el señor Presidente Gobernador y Capitán General, haciendo constar la calidad y limpieza de sangre de su legítima esposa doña Isabel Mª Sánchez y Romero; siendo el Dr. Pedro Martínez, Dean, Dignidad en la Santa Iglesia Catedral, Juez Provisor y Vicario General Interino de este Obispado, por ausencia del señor propietario, por el Ilustrísimo don Francisco de Ibarra, Dignísimo Obispo de esta Diócesis del Consejo de su Majestad.

Fué hecho con motivo de vestir Opa y Beca su legítimo hijo don Ignacio que estudiaba en el Seminario, las que vistió por los años de 96 y 97. Le fué necesario presentar con la solemnidad debida la partida de bautismo de su legítima mujer doña Isabel Mª, quedando archivada en el Palacio Episcopal, por lo que siendo de suma necesidad para efectos que le conviene.

La partida dice:

«El beneficiado Bachiller Don Silverio de Alcalá, Cura Rector por su Magestad de la Santa Iglesia Parroquial de esta ciudad de San Felipe de Austria en ella Vicario Foraneo, Juez Eclesiástico y su jurisdicción, Comisario de la Bula de la Santa Cruzada, y Subcolector del Rl. caritativo Subsidio &, certifico: que en uno de los Libros de Bautismo formado en pergamino blanco, donde se asientan las partidas de personas de distinción, se halla una al folio veinte y ocho cuyo tenor es el siguiente:—En catorce de marzo de mil setecientos y cincuenta y siete años, yo Joseph Fernández Sánchez, Teniente de Cura de la Parroquia de esta ciudad de San Felipe de Austria, bauticé solemnemente, y puse oleo y chrisma, de ocho días de nacida, a Isabel María,

hija legítima de Dn Francisco Sánchez, y de Dª Josepha Romero; fué su madrina Dª Antonia Romero, a quien hice saber el parentesco espiritual contraído con el bautizado de sus padres; y para que conste lo firmé de que doy fé.—Joseph Fernández Sánchez.—Es conforme a la partida original de su contenido, a que me remito, y a pedimento de parte hice sacar esta copia fiel y legal, corregida y concertada —En testimonio de lo cual firmo en esta dicha ciudad de San Felipe de Austria, a los diez y siete de Agosto de mil setecientos noventa y seis años.—Bachiller Silverio Alcalá».

Presentando como testigos al Arcediano Dn. Patricio Alcalá para que responda de la calidad y distinción de la susodicha su mujer y sus ascendientes, dándosele licencia para que pudiese dar declaración en el Juzgado Real sobre la calidad y limpieza de sangre de Dª Isabel María Sánchez y sus descendientes sin que de su disposición resultare criminalidad alguna.

Luego al declarar con juramento al primero informe dijo el testigo: le consta que Dª Isabel Mª Sánchez, es natural de la Provincia de Cumaná, de la ciudad de San Felipe de Austria, alias Cariaco, y responde:

2º Al segundo dijo que igualmente sabe y le consta de notoriedad que la dicha es hija legítima de Dn Francisco Sánchez Calatraba de los Reinos de España, de la ciudad Real de la Mancha, y de Dª Josepha María Romero Mano abierta, habida y tenida en su matrimonio, sin cosa en contrario, y responde:

3º Al tercero dijo: que así mismo sabe y le consta que la referida Dª Josepha María Romero fué hija lejítima del Capitán Dn Alonzo Romero Mano abierta y de Dª Isabel María de Luna, a quienes conoció y trató el señor declarante, naturales de Cumaná, tenida y reputada por tal su hija entre otros en su matrimonio: y responde.

4º Al quarto dijo: que sabe y le consta de ciencia cierta, que así los padres como los abuelos de Dª Isabel Mª Sánchez, son personas blancas, excentas de toda mala raza de Moro, Judío Mulatos ni recién convertidos a nuestra Santa Fé Católica, ni penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición, ni otra nota alguna que desdiga al esplendor de su nacimiento; y que el referido su abuelo Dn Alonzo Romero Mano abierta, obtuvo los empleos de Teniente de Gobernador de la ciudad de San Felipe de Austria, vulgo Cariaco, y los de Alcalde Ordinario varias veces, y lo mismo sus hijos Dn Alonzo y Dn Rafael Romero, por ser sucesores de la primera dimisión en otra ciudad, a quienes conoció como deja dicho: y que el Sr. Dn Francisco Sánchez, padre de la mujer

de su presentante obtuvo también empleos distinguidos en la otra ciudad; y responde:
5º Al quinto dijo: que lo que tiene declarado lo sabe de público y notorio, pública voz y fama y la verdad en fuerza de su juramento en que se reafirma y ratifica, leyéndosele esta su declaración expresó como ha depuesto, que siendo necesario lo dirá de nuevo, que no le tocan las generales de la Ley, y que es de edad de ochenta y dos años, y la firmó conmigo el escribano de que doy fé.

ANTONIO PATRICIO DE ALCALÁ

Ante mí

GREGORIO RODRIGUEZ

Exno. Real

El otro testigo Dn Andres Mumpierrez natural de Cariaco que concuerda con lo dicho por el anterior.

La 3r testigo Dª Socorro Domínguez natural de Cumaná, quien tambien dice como el anterior.

La 4ª testigo Dª Isabel María Borino y Salavarría natural de la ciudad de Cumaná, quien tambien declara lo mismo».

***

Del matrimonio del señor don Francisco Antonio Ramos y González, con la señora doña Isabel María Sánchez Romero y Alcalá, vinieron al mundo dos varones y cuatro hembras: Ignacio, que nació el año de 1785, fué Teniente Coronel de los patriotas en la guerra de Independencia y más tarde alcanzó el grado de General bajo el Gobierno de los Monagas; murió en Villa de Cura por el año de 1850. Como se vé, fué ilustre prócer de la Independencia y servidor de la República.

Carmen nació en 1787 y casó con Ignacio José de Martín del Pozo, hijo del Teniente Don Sebastián de Martín, natural de San Salvador de Castilla la Vieja. Este señor murió en uno de los castillos de la cumbre al norte de Caracas, estando de guardia, el año de 1807, a los 63 años de edad y 45 de servicios al Rey de España e Indias; era casado con doña Josefa Antonia del Pozo. (1) Carmen Ramos murió

1 El General Eusebio Antoñanzas era casado con Doña Cuadalupe Oliva del Pozo, hija del Coronel José Oliva, natural de Castilla la Vieja y

el año de 1807, de una escarlatina, a los 21 años de edad. su esposo, Ignacio José de Martín del Pozo, fué víctima el año de 1814 en el sitio de Valencia, por el terrible Boves: un soldado de este carnívoro lo mató de un balazo en un encuentro que tuvieron con las tropas españolas; él defendía con heroicidad la plaza como buen patriota, amante de la libertad; murió en brazos del valiente General Juan de Escalona, defensor de la ciudad. Tenía 35 años de edad.

Josefa Pía, nacida el año de 1789, casó en 1810 con el Licenciado en medicina José Remigio de Martín del Pozo, hermano de Ignacio; tuvieron varios hijos en este matrimonio.

Pedro Alcántara nació el año de 1792, éste salió de Caracas en el cuerpo de estudiantes y estuvo en varias acciones de guerra; en 1816 cayó prisionero en Bogotá junto con otros, y condanado a muerte, pues lo habían confundido con el General Alcántara, venezolano; cuando lo iban a fusilar, el Jefe español deseó conocer al General Alcántara e hizo que lo llevaran a su presencia; al ver que era un joven de 18 años, conoció el «quid pro quo», y dándole un lepe en la oreja le dijo: —«Vagabundo, cómo te has apropiado el nombre del General Alcántara? a lo cual contestó que él se llamaba Pedro Alcántara Ramos.—Pues lárgate de aquí al momento! Debió la vida a esta ocurrencia. Este casó más tarde con Mauricia Paúl y Almeida, hija de Coto Paúl y sobrina del General Miranda.

Margarita María, nacida en Caracas el año de 1794, casó en el mismo Caracas el año de 1820 con don Miguel María Rivero, de familia muy patriota; tuvieron varios hijos.

Y EULALIA, que nació en Mamporal por los años de 1795 a 1796.

Desde el principio todos fueron fervorosos patriotas consagrados a la Causa Emancipadora, alcanzando los dos varones la gloria de ser ilustres próceres y EULALIA la egregia figura de la «Casa Fuerte» de Barcelona, quien en un sublime rasgo de heroísmo supo inscribir su nombre en los anales de la Historia Patria.

De las referencias que hizo doña Margarita Ramos, y que anotó y conservó su hija Josefa Rivero, esposa del General Feliciano León, Prócer de la Federación, dice: que el

---

de doña María Antonia del Pozo, hermana de doña Josefa Antonia, madre del Licenciado de Martín. El Coronel Oliva era empleado del Almirantazgo; nunca tomó las armas en contra de la magna Causa; sin embargo, cuando el decreto de guerra a muerte el General Arismendi lo hizo prender y una noche lo llevaron a La Guaira, donde murió fusilado.

señor Ramos, padre, sufrió mucho con los azares de la guerra: todas sus propiedades fueron confiscadas; escapó dos veces de ser fusilado, estando sentado en el banquillo: la una por haber pedido el pueblo de Caracas, la libertad de los presos y la otra por haberlo reclamado un desconocido. En su hacienda de Bergantín escapó de una patrulla que venía por una vereda a prenderlo, tomando él el camino real para irse al pueblo. Unas veces huyendo de un lugar a otro, otras expulsado, y por último, yá ciego, lejos de su familia, el día que acababa de expirar llegó un criado suyo al lugar donde se hallaba y por éste se convenció, yá tarde, aquella gente, de cuanto él les refería, esto es, que era hombre de bien, con hijos y hacienda, pero los azares de la guerra lo alejaban de todo.

Después de los sucesos de Río Chico, EULALIA se vino a Caracas al lado de su hermana Josefa Pía, esposa del Licenciado de Martín. Allí estuvo hasta el año de 1814 en que tuvieron que emigrar a Cartagena, por ser aquella una de las plazas más fuertes, por entonces, para las armas republicanas. Emigraron: el Licenciado de Martín, su esposa, Josefa Pía, tres hijos: Enrique, Manuel María y José de Jesús; dos cuñadas: Margarita y EULALIA, fijando allí su residencia, ejerciendo su profesión como médico del ejército y particular. No cobró nunca sueldo ni retribución alguna al Gobierno. En aquella ciudad fueron muy bien acogidos. Estuvieron allí hasta que se estrechó el sitio de la plaza por la llegada de la escuadra española con la expedición del General Morillo.

Cartagena era una plaza de muchos recursos. El 18 de agosto se presentó a la vista la escuadra enemiga; una parte se situó en Boca Chica y la otra en Punta Grande, impidiendo así que entrase ningún recurso por mar. Inmediatamente tomaron la isla de Baru y a Santa Ana; la idea de Morillo era rendir la plaza por hambre.

En tanto, el General Castillo publica la ley marcial, sujetando a todos los hombres a la autoridad pública. Los habitantes ofrecieron cuanto tenían para animar las tropas: el dinero de las iglesias, las joyas de las mujeres y todo cuanto podía ser útil se ofreció. La llegada del corsario Dardo, quien trajo víveres y municiones, burlando el bloqueo, animó mucho a sus habitantes; se hicieron aprestos necesarios para resistir. Las familias animaban a los defensores; nadie pensaba en rendirse, a pesar de las proclamas que enviaba Morillo, ofreciendo todo género de garantías a los que se sometieran al Rey. Nadie creía en tales patrañas; los sitiados resistían; los sitiadores estrechaban cada día más.

Llegó la hecatombe! El hambre! Los niños, las mujeres, los ancianos inspiraban compasión; las tropas defensoras se aniquilaban de fatiga; las provisiones se agotaron, a tal punto que un barril de harina, si lo había, llegó a valer 150 pesos; una gallina quince; se llegó a comer toda clase de animales: perros, caballos, gatos; los cueros secos tostados y todo cuanto podía servir de alimento. Además de las granadas incendiarias y toda clase de proyectiles que arrojaban los sitiadores sobre la Plaza, cada grito era una víctima del hambre. Los centinelas quedaban muertos en sus puestos con los ojos abiertos, en fin, la disentería y las fiebres, todo contribuía a hacer más horrible aquel sitio.

Después de la publicación del Bando en que se autorizaba la salida a todos los quisieran hacerlo, en una de las partidas salió el Licenciado de Martín con su familia y su cuñada Margarita (EULALIA había salido antes) pocos días antes de la entrega de la ciudad, estando aún el cerro de La Popa en poder de los patriotas.

Salieron una noche muy oscura, en un convoy, en medio del fuego de la escuadra enemiga, tan expuestos al peligro, que hubieron muertos y heridos, entre estos se contaron varios niños. El bergantín en que iban sufría el fuego de los cañones enemigos. Era tal el asinamiento de personas, que no podía estarse en ningún punto a cubierto; a un niño del señor de Martín, José de Jesús, una bala le quita el cántaro de las manos en momentos que una criada le daba de beber. A bordo pasaron miles de sufrimientos: allí se agotaron también los recursos; hubo que comer ratones, perros; se desforraron baúles para tostar sus cueros y hacer caldo con ellos. El capitán del bergantín («Cometa»), el terrible Michell, quien cometió toda clase de atropellos y robos, llegó a cobrar, por una tablita de chocolate y algún bizcocho, un fuerte.

La misma suerte se corrió en las goletas «Constitución» y «Sultana», que conducían también gran número de emigrantes.

Llegó un día horrible: En medio a la escaséz y las iniquidades dijo el capitán que al día siguiente tendría que quintar gente. Esa noche embriagó la tripulación con el deliberado propósito de cometer nuevas fechorías, pero la Providencia Divina, que guía y vela siempre el sendero de las almas justas, se opuso misericorde en el misterio de la noche, ante el fin siniestro del bandido.

A eso de media noche chocaba el barco contra un obstáculo; al instante gritó un tuerto a quien llamaban «El ojo

del Ejército»: —¡Tierra, Capitán, que nos perdemos! A lo que contestó el canalla: —Estamos en un bajo.

La nave siguió tropezando hasta el amanecer, que reconocieron estar en los cayos de San Luis (cerca de Santo Domingo). Al momento llegaron botes cargados de frutas y otros comestibles...

Cuál no sería la admiración y gozo de los infelices emigrantes, al verse salvos y con toda clase de recursos! Inmediatamente el Licenciado de Martín resolvió quedarse allí con su familia, habiendo perdido todas sus prendas de valor.

.....

Pocos días antes de la toma de la "Casa Fuerte", el padre y hermanos de EULALIA quisieron traérsela a Caracas, diciéndola que "aquello iba a ser muy terrible," pero ella, recién casada como estaba, dijo: «Sigo la suerte de mi marido»...

En seguida nos dirá el gran historiador patrio, al tratar en sus «Estudios Históricos», de todas las heroínas de la noble Causa de la Emancipación Americana, quién fué esta ilustre víctima inmolada en holocausto por el honor y el deber de la Patria.

MIGUEL LEÓN RIVERO.

Caracas: 1º de junio de 1925.

Eulalia Ramos de Chamberlain

La verdadera heroina de la "Casa Fuerte" de Barcelona

Anoche hemos dado gracias por el envío que se nos hizo del ejemplar de un nuevo drama titulado «Eulalia Buroz ó la Toma de la Casa Fuerte de Barcelona».

Tratando de este interesante episodio histórico con el Doctor Arístides Rojas, nuestro estimado é ilustrado colaborador, tan competente en los asuntos que se versan con nuestra patria historia, nos manifestó que tendría el gusto de ofrecernos para después de pascuas un artículo que á las columnas de LA NACIÓN dedicaba, en el cual se ocuparía de la heroína de la «Casa Fuerte» EULALIA RAMOS DE CHAMBERLAIN.

Ese artículo explicará los orígenes, familia y demás circunstancias de la verdadera heroína.

Y desde ahora hace constar el erudito Doctor Rojas que tanto Restrepo, como Larrazábal y otros historiadores, sufrieron error notable al llamar Eulalia Buroz a la que fué Eulalia Ramos de Chamberlain, descendiente de una antigua familia española establecida en Venezuela a fines del siglo XVII que está enlazada con una de las familias más respetables de esta capital.

El Doctor Rojas dedica su boceto histórico al escritor barcelonés Miguel José Romero, que ha dado últimamente a la estampa tradiciones de la «Casa Fuerte» y otros episodios en «El Eco de Occidente» y «La Causa Liberal» de Barcelona.

Amantes del esclarecimiento de la verdad histórica, nos consideramos muy obligados por el honor que una vez más dispensa a nuestras columnas el Doctor Arístides Rojas. Ellas recibirán siempre agradecidas su importante colaboración.

Y en gracia de la imparcialidad que á estos juicios históricos preside, ofrecemos espacio á la respetable familia Buróz por si tuviese que emitir opinión sobre el legendario episodio de la «Casa Fuerte.»

(La Nación, No. 180, de 30 de diciembre de 1884.)

ESTUDIOS HISTORICOS

POR

ARISTIDES ROJAS

EULALIA RAMOS SANCHEZ DE CHAMBERLAIN

UNA DE LAS HEROINAS DE LA REVOLUCION VENEZOLANA

Al señor Miguel José Romero

AUTOR DE LAS

TRADICIONES BARCELONESAS

I

Las heroínas de la Revolución hispano-americana—Célebres frases y muerte gloriosa de algunas de ellas—Las heroínas venezolanas—Juana Antonia Padrón de Montilla—Ana Teresa Toro de Ibarra—Luisa Cáceres de Arismendi—Luisa Arrambide—Emigración de Caracas en 1814—Josefa Antonia Tovar de Buroz—Manuela Aristeiguieta de Zárraga.

Las heroínas de la Revolución Hispano-americana: Tal podría ser el título de la obra que comprendiera los dichos y frases célebres, la narración de episodios sublimes,

los hechos de las mujeres admirables que, desde Méjico hasta Chile y Buenos Aires, abrazaron la causa americana y vencieron con el ejemplo, con la constancia, con el valor, con la abnegación, o se sublimaron con el martirio y con la muerte. (1)

La historia de las diversas secciones del continente americano, que fueron un día colonias españolas, reclama esta elucubración, monumento que deberían levantar a la gloria y renombre de las heroínas americanas, los pueblos independientes que florecen del uno al otro extremo del continente de Colón. Estas páginas serían el más elocuente corolario de la historia de las espartanas en la edad antigua, y de aquellas que, sobre el carro de la revolución francesa, proclamaron la libertad moderna, la cual fué sostenida más tarde por las heroínas españolas contra las huestes poderosas del coloso de Europa en 1808, y coronada, en fin, por las mujeres de la revolución americana. Si acá, en el Nuevo Mundo, sorprenden el valor, el arrojo, la constancia y los nobles propósitos de tantas amazonas, que al grito de independencia se lanzan a la lid en medio de obstáculos insuperables el espíritu del historiador queda en suspenso al contemplar la sublimidad de tantas madres, la dignidad de las matronas, el estoicismo de las americanas ante los ultrajes, las amenazas y el cadalso. Desde las costas del continente hasta las cimas de los Andes, a proporción que la guerra a muerte, en los días de la revolución, cual ola de fuego invade valles, pueblos y alturas, las heroínas de la patria americana surgen, y se aprestan al combate, y reciben con coronas de laurel a los gallardos vencedores. Bolívar, Mariño, San Martín, Sucre, Santander, Mina, O'Higgins, donde quiera que aparecen los heraldos de la lucha, vencedores o vencidos, a su encuentro vienen las heroínas americanas en solicitud de los heridos y de los moribundos, con armas, con auxilios oportunos que ofrecen

---

1 En la "Biblioteca Americana," revista ilustrada que apareció en Londres en 1824, después de la fundación de Colombia, redactada por los americanos Bello y García del Río, y los españoles Salvá, Mendive, etc., figura un hermoso escrito con el título de "Ilustres Americanas," firmado por P. C. Esta elucubración puede considerarse como la base del libro que más tarde podrá escribir alguna de nuestras inteligencias de aquende los mares. El número de escritos americanos y europeos que, desde la fecha en que salió la "Biblioteca" hasta hoy, se ha publicado en ambos mundos respecto a la Revolución americana, contiene abundante acopio de materiales para llevar á feliz término la idea que dejamos enunciada.

a los jefes y soldados, con la palabra elocuente que inflama los corazones, con sus hijos, en fin, a quienes acompañan hasta verlos subir al carro de la Revolución. Nada las ha detenido, nada las detiene: ni las cárceles, ni las bóvedas inmundas, ni los azotes, ni el hambre, ni los ultrajes, ni la muerte. «Perezca la familia antes que impere la esclavitud del colono»: tal es su divisa.

En la misma época en que la Revolución francesa presenciaba la heroicidad de sus mujeres, las peruanas, las descendientes de los antiguos Incas, en las alturas del Cuzco seguían las huellas de aquel Tupac Amaru, sacrificado de una manera feroz en 1783, por haber proclamado la libertad de su patria. Como trescientas amazonas quedan muertas en los campos de batalla: eran las esposas e hijas de aquellos esforzados campeones que iniciaban la independencia de la América española. Y en los mismos días en que las heroínas de la patria de Pelayo luchaban valerosamente contra los ejércitos de Bonaparte, las matronas de Quito rechazaban a los opresores del Ecuador; y en Buenos Aires, las señoras argentinas, poseídas del fuego patrio, alentaban a los soldados que vencieron con gloria a los invasores extranjeros.

En el Ecuador como en Buenos Aires, en Venezuela como en Colombia, en Méjico como en el Perú y Chile, por donde quiera la mujer americana aparece sublimada por el amor patrio, desde el día en que comienza la lucha. ¡Cuántas respuestas oportunas, cuántas frases elocuentes hijas del entusiasmo y del deber, cuánta abnegación en el momento del peligro, y cuánta generosidad el día del triunfo! «No tengo sino cuatro meses de edad», contestó una anciana argentina a uno de los jefes de la Revolución que le preguntaba por su edad. Con lo cual quiso decirle: «Vivo desde el día en que comenzó la lucha por la independencia de mi patria.»

La ciudad de Chuquisaca, en Bolivia, dió a la Revolución mujeres muy notables. Cuando a Teresa Lemoine, después de confiscarle sus bienes, la condenan al destierro y la obligan a seguir el espantoso páramo de Lagunillas, cincuenta leguas distante de Chuquisaca, en compañía de sus tiernos niños y sin ningún auxilio, aquella mujer sublime no se inmuta al escuchar la sentencia, y con varonil acento dice al General Nieto:—«La aurora de nuestra felicidad acaba de nacer: nube pasajera la oscurece: para disciparla hemos menester constancia». Y cuando el General Castelli entra victorioso en Chuquisaca en 1810, a su encuentro vienen las ricas y nobles

señoras de la ciudad, y le presentan sus alhajas, y le saludan y arengan ante el ejército. Una de ellas muere de gozo cuando, más tarde, llega la noticia de la victoria de «Salto Grande», alcanzada por los patriotas.

En La Paz, en Cochabamba, en Potosí, las mujeres peruanas presencian con dignidad erguida los más grandes horrores cometidos contra el pudor del bello sexo; lo que pasaba igualmente en Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Buenos Aires y demás regiones de la América española. Al narrar estos hechos, que recuerdan las carnicerías del Circo romano, comprendemos la sentencia de un moralista inglés, cuando asegura que, de todas las bajas pasiones que envilecen a la humanidad, los odios políticos son los que más degradan, porque llegan a extinguir hasta los nobles sentimientos de la sociedad y de la familia.

Cuando en Potosí es conducido al cadalso el sabio mineralogista Matos, con él vá obligada la esposa para que presencie la agonía de su compañero.—«Levanta la cabeza, orgullosa rebelde», le dicen los verdugos; «mírale, mírale expirar». Y aquella mujer, sobreponiéndose a tanto ultraje, le dice al esposo moribundo:—«Tú me enseñastes a vivir, mi amado, y ahora me enseñas a morir: sube al cielo, mártir de la Patria, que yo no tardaré en seguirte». Aún respirando aquél, dice un historiador, le separaron a hachazos la cabeza del tronco, la clavaron en una pica a la vista de su mujer, y la llevaron en procesión por las calles de Potosí hasta la casa del difunto, a cuya puerta la fijaron.—«Sirva esto de escarmiento a tí y a los que piensen como tú», le dijeron los verdugos echándola a empujones en su casa. A los pocos días, la muerte de la esposa dió remate a aquel drama de sangre y de gloria.

Cuando, después del desastre de Wiluma, los españoles victoriosos se apoderan de Cochabamba, prenden a doce señoras que se habían encontrado en la batalla, las cuales fueron condenadas a la horca, para enseguida ser descuartizados sus cuerpos y colocados los fragmentos en jaulas de hierro y picas, en los lugares más frecuentados.—«Viva la Patria!» decían aquellas heroínas al sentir el cordel en el pescuezo:—«Viva!» balbuceaba la moribunda lengua. (1)

¡Cuán sublimes las heroínas chilenas después del desastre de Roncagua! Como la svenezolanas en la misma

---

1 Obra citada.

época, aquellas luchan contra la naturaleza y el hambre.

La más célebre heroína de la antigua Cundinamarca es aquella Policarpa Salavarrieta, para quien guarda la estatuaria obra inmortal. ¡Qué mujer, y que tema tan fecundo la historia de su vida! Después de una serie de hechos admirables, la heroína, sobre el cadalso, dice a sus verdugos:—«Asesinos, temblad al coronar vuestro atentado: pronto vendrá quien vengue mi muerte». POLICARPA SALAVARRIETA: hé aquí el más elocuente epitafio pue ha podido tener tumba humana: «Yace por salvar la Patria», tal es el anagrama que brilla sobre sus despojos y sintetiza la historia de la admirable heroína de los Andes Colombianos.

Las mujeres de Lima, de Guayaquil, del Callao, de Méjico, se sostuvieron también a la altura de las que en las ciudades del Alto Perú, de la Argentina, Chile y Cundinamarca sobresalieron en los días de la guerra magna. Todas puede decise que obedecieron a un mismo sentimiento: la independencia política de América, y fueron emuladas por una hermosa deidad: la gloria del patrio suelo.

Limitándonos ahora a Venezuela, cuna de la emancipación americana, ¡cuántas heroínas del sacrificio hermosean con sus hechos las páginas de nuestra historia!

La distinguida matrona Juana Antonia Padrón de Montilla, madre de los Generales de este nombre, al despedirse de sus hijos en los días en que comienza la revolución, les dice:—"No hay que comparecer a mi presencia si no volvéis victoriosos". Con iguales frases alentaban a sus hijos y esposos las matronas de Chuquisaca. Otra señora caraqueña no menos distinguida, Ana Teresa Toro de Ibarra, madre de los Generales de este nombre, al lanzar a sus hijos al campo de la Revolución, les dice: —«Vencedores o vencidos, pero siempre con honra!»

Las espartanas de Margarita, en 1815, bajo las órdenes de Arismendi y de Gómez, arrojaban piedras al ejército de Morillo y cargaban los cañones, confundiéndose con los soldados, a quienes alentaban con el ejemplo; de la misma manera que lo hicieron más tarde las mujeres mejicanas bajo las órdenes de Mina.

En el brillante grupo de las espartanas de Margarita descuella una heroína sublime: Luisa Cáceres la esposa de Arismendi. Todas las frases que brotan de los labios de esta bella como digna y célebre mujer, en las

díversas peripecias de su agitada vida, llevan el sello de una convicción profunda sostenida por el deber, que es el alma de las mujeres fuertes.

Otra Luisa, bella cumanesa Luisa Arrambide (1) es condenada a ser azotada en la plaza pública de Cumaná, hasta que rinda el postrimer aliento. «Confiesa tus cómplices», le dicen sus verdugos después de cada descarga: «Viva la patria, mueran sus tiranos!» prorrumpe la heroína. Refiere su biógrafo que sólo el pudor, pudo arrancar lágrimas a esta mártir del patriotismo.

¿Quién podrá relatar los variados episodios de aquella famosa emigración de 1814, cuando, después de perdida la República, y yá con vísperas de entrar los vencedores en Caracas, huye una gran parte de la población de ésta? A pié, a todo sol, camina en dirección de la costa oriental aquella masa viviente de hombres y mujeres, que llevan sus niños de la mano, y creen divisar por todas partes los buitres de la guerra a muerte que vienen hacia ellos para devorarlos.

Tras la muchedumbre vá Bolívar, acompañado de unos pocos soldados, restos de las campañas sangrientas de 1813 y 1814.

Desde la salida de Caracas muchas mujeres y niños son víctimas de los soldados que los persiguen, otros se detienen fatigados a la orilla del camino, y madres hay que ven morir a sus hijos sin poderlos socorrer. Así pasan las primeras jornadas de aquella marcha obligada. Yá los más de los fugitivos se han salvado; sólo quedan los grupos que siguen a pié por la árida costa. Tristes y silenciosas han pasado las noches, pero un rayo de esperanza salvadora viene cada mañana a confortar el corazón de los fugitivos. ¡Adelante!...

Una tarde, un grupo de la caravana, compuesto de señoras y niños y acompañado de algunos jóvenes, se detiene a orillas de un caño profundo que atraviesa la costa. ¿Cómo salvarlo si la marea está crecida y el paso se hace peligroso, sobre todo para las señoras? Las madres lloran y lloran los niños. ?Qué hacer, y cómo continuar el camino, y llegar al primer pueblo de salvamento?

En esto aparece Bolívar a caballo, y se detiene ante aquel grupo que inspira compasión.—«Pásanos en el anca de tu caballo, Bolívar, pásanos», dícenle al verlo aquellas nobles matronas, sus amigas y compañeras de la in-

1 Nombre dado por equivocación a la señora Leonor Guerra, de Cumaná,

fancia.—«Pásanos, Libertador», le dicen los jóvenes y también los niños. Entonces se verifica una escena de la cual no hay noticia en ninguno de los historiadores. Bolívar, que montaba un fogosísimo corcel, comienza por salvar a los niños y a los jóvenes, que se agarran como pueden de la montura y de la cola del animal. El jinete hace brincar el caño al corcel para de nuevo regresar. Así van pasando una, dos o más personas en cada brinco del animal. Yá éste ha salvado el caño veinte, treinta y más veces, y otras tantas ha regresado: yá siente aquel ejercicio tan violento: prolongada ha sido la tarea. Una, dos veces más, y aquel jinete de hierro, después de haber protegido a tantos seres, sigue imperturbable a retaguardia. La marea comenzaba a bajar.

¿A dónde se dirigen estos fugitivos? ¿Son los hijos de Israel, que buscan las orillas de los ríos de Babilonia, o los peregrinos del desierto de la Arabia, en pos de la tumba del Profeta? Nó: son nuevas víctimas que aguardan las feroces carnicerías de Barcelona, de Cumaná y de Maturín. Casi todos van a ser sacrificados, para festejar con su sangre la muerte de Boves en Urica, y la salvación de Bolívar en el extranjero.

Cuando llegan los días de 1816, Moxó, gobernador de Venezuela, solicita la bóveda más húmeda y pestilente de La Guaira, la llamada de «El Tigre», y en ella encierra a dos matronas célebres: Josefa Antonia Tovar de Buroz y Manuela Aresteiguieta de Zárraga, para que allí purguen su amor a la Patria americana. La primera de las dos era la madre de aquellos primeros paladines de la Revolución, Lorenzo, Venancio y Pedro Justo Buroz, víctimas ilustres de la guerra a muerte: era la segunda la madre de los generales Zárraga, que comenzaron su carrera al declinar la guerra magna.

Las dos matronas, para no escuchar tantas frases indecentes con las cuales las saludaba cada día la insolente soldadesca, resolvieron ponerse a rezar en toda ocasión en que aquellos hombres las insultaran: así lograban reconcentrar toda la atención en un solo objetivo, la oración, sin apercibirse de lo que afuera se decía. Conducidas después a Puerto Rico, allí soportan grandes trabajos con dignidad, con paciencia y con resignación nunca desmentidas, hasta que al fin tornan a sus hogares, para perdonar, el día del triunfo, a sus perseguidores.

¿Seguiremos hablando de las célebres heroínas que figuran en las páginas de la historia de Venezuela? Valencia, Cumaná, Barinas, Barcelona, cada uno de nuestros campos y ciudades guarda episodios admirables, y nos relata la historia de mujeres esclarecidas que supieron elevarse a la altura de las espartanas.

Pero una nueva heroína nos aguarda, EULALIA RAMOS SÁNCHEZ DE CHAMBERLAIN, la figura más descollante de la «Casa Fuerte» de Barcelona.

II

Eulalia Ramos Sánchez de Chamberlain.—Su primer matrimonio.—Sus orígenes.—Primeras persecuciones de que fué víctima.—Muerte de su primogénita.—Fusilamiento de su esposo, Juan José Velázquez.—Muerte de su cuñado, el Padre Velázquez.—Su salida de la Patria.—Su regreso.—El Coronel Chamberlain, Edecán de Bolívar.—Su matrimonio con la heroína.

En cierta mañana, al comenzar el año de 1812, los moradores del pueblo de Mamporal en los ricos valles de Barlovento, vestidos de gala y llenos de alegría, acompañaban al templo de la Villa a una joven de diez y siete años, hija de aquellas comarcas, tan hermosa como llena de gracia y compostura, la cual se apoyaba en el brazo del joven con quien iba a desposarse. Eran los novios Juan José Velázquez, miembro de una de las familias más conocidas de la localidad, y Eulalia Ramos Sánchez, hija del respetable y acomodado agricultor don Francisco Antonio Ramos, dueño de dilatadas tierras y haciendas, desde el sitio de Bergantín, hasta el pueblo de Río Chico, y viudo de una distinguida cumanesa, la señora Isabel Sánchez Romero y Alcalá, muerta en Caracas en 1810.

Después de terminada en el templo la ceremonia y de haber los esposos recibido del padre Velázquez, hermano del marido de Eulalia, las bendiciones nupciales, la concurrencia hubo de regresar a uno de los campos del señor Ramos, donde fué obsequiada como acostumbraban hacerlo en las pasadas épocas los ricos agricultores: con la fastuosidad e hidalguía propias de la raza castellana.

Alegres comenzaban los días para los desposados, sin que presentimiento alguno pudiera turbar la paz de

que gozaban, embellecida por el amor. Y si embargo, ¡cuán presto la desgracia iba a amargar la existencia de aquellos seres, que tan distantes creían estar de la negra tempestad que no muy tarde había de cernerse sobre toda su familia!

Pronto veremos al esposo que huye de las persecuciones políticas, y a la bella Eulalia, fugitiva, teniendo que enterrar en el monte a su propia hija, primer fruto de su amor. Pronto veremos a esta célebre heroína arrastrada por los cabellos en las calles de Río Chico y conducida luego a uno de los tablados de la Revolución, del cual la salva la Providencia; y pronto veremos cómo pasan por las armas a la implacable Lorenza, mujer famélica de sangre y de odio, mirando de este modo castigado el espantoso crimen que hubiera de premeditar. Pronto veremos a Eulalia conducida a Cartagena, donde jóvenes gallardos, creyéndola soltera, aspiran a su mano de esposa. Pronto veremos fusilar a Juan José Velázquez el esposo de Eulalia, y morir a su hermano, el cura de Mamporal, que al saber tan triste nueva, como herido del rayo cae exánime. Pronto veremos a Eulalia que torna al patrio suelo, en solicitud de su padre y de su esposo, cuya suerte ignora; y pronto la veremos sola, sin recursos, desposarse de nuevo, para después ir a la tumba e inmortalizarse en aquel día terrible del asalto de la «Casa Fuerte» de Barcelona, cuyos moradores contemplan con espanto el cadáver de la heroína desfigurado, horrible, porque en él hubieron de cebarse la zaña y la venganza.

La muerte de un anciano respetable que, de la opulencia desciende a la miseria, por habérsele confiscado sus valiosas propiedades; sólo, ciego, casi indigente, corona este episodio trágico de la Revolución venezolana en los días en que retumba el cañón de Carabobo. La heroína de veintiún años aparace entonces plácida, coronada de luz, como sombra tutelar en medio de sus hermanas, que tornan del extranjero a las playas de la Patria, para recibir la herencia del padre, y también la herencia de gloria de aquella que había sabido inmolarse en nombre de la honra de la familia y de la libertad.

En los días en que floreció en Caracas la Compañía Güipuzcoana, que se había establecido desde 1728, llegaron de España algunos emigrados que se dedicaron al cultivo de la tierra, empleando en ésta el pequeño capital que habían traído. Uno de ellos fué don Ignacio Ramos, que a poco casó con doña María Alejandra

González Henríquez, de familia caraqueña, unión que tuvo efecto por los años de 1758 a 1760. De aquí data el señor don Francisco Antonio Ramos, poseedor de la cuantiosa fortuna que de sus padres heredara, y que supo acrecentar tanto en Caracas como en los valles de Barlovento

En la época en que se verificó el matrimonio de Eulalia, yá el fermento revolucionario bullía en casi todas las secciones de la República. Los sucesos políticos de 1811, el completo rompimiento entre americanos y peninsulares, eran causas que engendraban odios y venganzas y auguraban días muy tristes a los defensores de la causa patriota. En los valles de Barlovento la tempestad tomaba otro carácter, además del político. Las esclavitudes, favorecidas por sus amos, se habían declarado por el Rey de España, y las diversas condiciones sociales aguijoneadas por intereses bastardos, daban a la revolución, en estos lugares un carácter más social que político.

El señor Ramos Sánchez que desde el primer día de la Revolución había abrazado la causa americana, trasladóse a Caracas con su familia después del matrimonio de Eulalia, por no encontrarse seguro en las regiones de Barlovento, tan distantes de la acción benéfica del Gobierno de la Capital; mientras que aquella quedó, yá en Mamporal, yá en el vecino pueblo de Río Chico, lugares que pertecían, tanto en lo civil como en lo religioso, a una misma jurisdicción. A poco viene la catástrofe de 1812, sin que sufra ninguno de los miembros de esta familia, y tras el violento terremoto, que tanto contribuyó a levantar la moral y crear prosélitos al partido español, comienzan de nuevo las venganzas políticas de ambos beligerantes y sobreviene la ruina de Miranda y de la República.

Perseguidos los hermanos Velázquez por sus opiniones republicanas, tuvo el marido de Eulalia que huir de Mamporal y pasar por el dolor de no llevar consigo a su amorosa compañera, yá en vísperas de ser madre. Pero apenas el joven Velázquez huye de su familia, cuando la zaña política de algunos se fija sobre su joven esposa, que acababa de dar al mundo el primer fruto maternal. Ella presiente la tempestad que vá a descargarse sobre su cabeza, comprende el peligro que corre al permanecer en el pueblo, y acompañada de una fiel esclava, abandona el hogar y se interna en el monte, don-

de debía esperar noticias para seguir al vecino pueblo de Río Chico.

¡Cuán triste la situación de aquella esposa de diez y siete años, que llevaba en sus brazos una niña de cuarenta días y huía sin saber cuál iba a ser la suerte de ambos! La montaña, que tiene siempre sonrisas y promesas para el hombre de los campos, es, para el perseguido por sus semejantes, una tumba anticipada. Cada rumor que suena entre el follaje semeja el grito lejano de los perseguidores, parecen los árboles espectros, y la noche remeda el sombrío silencio de la muerte; pero, afortunadamente, con la luz de la aurora renace la esperanza que conforta el espíritu abatido.

Escondida en los montes pasó Eulalia algunos días, y cuando yá escaseaban las alimentos y la soledad pesaba sobre ella como una masa que la agobiara, ve la madre infeliz en cierto día, que la niña, cansada de llorar, se tranquiliza de pronto y se enfría lentamente: la pobre niña había muerto. Pero aquella joven esposa, armada de estoicismo y llena de fé en la Providencia, busca un lugar de la montaña donde enterrar el cadáver de su hija, y, ayudada por su esclava, cava la tierra como puede, acomoda a la niña en la fosa improvisada, humedécela con un raudal de lágrimas, cubre con hojas de los árboles aquellos despojos queridos y después continúa en solicitud de Río Chico, donde encuentra casa en que reponer sus debilitadas fuerzas, en tanto que su marido, lejos del hogar, huía de las persecuciones.

Pero en Río Chico, lo mismo que en Mamporal, no había seguridad: multitud de guerrillas de ambos partidos se hostilizaban y se perseguían y las poblaciones estaban a merced de todos estos merodeadores, que sólo amaban el pillaje y la satisfacción de las más desordenadas pasiones.

Después de haber Eulalia pasado poco tiempo en Río Chico, salía una mañana de su casa para visitar a una amiga de toda su confianza; cuando de pronto se encuentra en medio de una guerrilla española capitaneada por un oficial de la localidad, que tenía en el poblado a su esposa o preferida, de nombre Lorenza, mujer trigueña, fornida, de aspecto amenazante y torva mirada, la cual corre al encuentro de Eulalia.

Dar a ésta una bofetada que la derriba, asirla con rabia por los cabellos y arrastrarla por la calle, todo fué obra de un instante. Eulalia grita y pide socorro: «¡mátenla!» con-

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

testan los soldados alentados por Lorenza, quien, fuera de sí, conducía a su víctima cerca del capitán de la guerrilla. Pálida y extenuada se ve aquella en uno de los extremos de la calle, cuando pierde el sentido.

Van a sacrificarla, pero en aquel momento se oye un toque de corneta por una de las entradas del poblado, a cuyo sonido jefe y soldados huyen precipitadamente y abandonan la prisionera. Era una guerrilla patriota que, en persecución de la española y sin que ésta se apercibiera de ello, le había seguido la pista.

Sin comprender lo que pasaba, Lorenza aún tenía asida por los cabellos a Eulalia, cuando el jefe de la guerrilla patriota se apodera de aquella mujer feroz, y después de informarse de lo ocurrido manda a pasar por las armas a Lorenza, en tanto que él mismo se ofrece en garantía a las familias del lugar. Eulalia es conducida inmediatamente a su casa, donde vienen sus amigas a prestarle todo género de atenciones. Esto acontecía a mediados de 1813.

Al tenerse conocimiento en Caracas de los ultrajes de que había sido víctima Eulalia, su hermana Josefa Pía, esposa del Licenciado Martín, resolvió mandar por aquella para que permaneciera a su lado mientras pasaban aquellos días de angustia. No sabemos si durante el tiempo en que Eulalia permaneció en Caracas en unión de sus hermanos, y después que Bolívar restableciera de nuevo la República, a fines del mismo año, el señor Velázquez volvió a acompañar a su esposa. Dato es este que ignoramos; pero sí nos consta que, cuando llegaron los desastres de 1814 y con ellos la nueva pérdida de la República, el Licenciado Martín, acompañado de su esposa e hijos y de sus cuñadas Margarita y Eulalia, salió para Cartagena, donde se estableció en el ejercicio de su profesión: la medicina.

En esta ciudad Eulalia llama la atención de cuantas personas frecuentaban la sociedad de su familia, por su donosura, su claro talento y su belleza. A los méritos personales que la adornaban era necesario agregar las conquistas de la heroína, la cual, por sus ideas políticas, había estado tan cerca de la muerte. Por consiguiente, todo esto era poderoso estímulo, para hacer que las simpatías inspiradas por Eulalia de Velázquez a la sociedad de Cartagena, se tornaran en admiración para unos y en amor para todos los que aspiraban a la mano de la gentil patriota.

Mientras que Eulalia de Velázquez se encerraba en Cartagena por no tener noticias de su esposo, éste era víctima en Río Chico de aquel oficial que, como hemos asentado, entró a este pueblo en 1813 y presenció el ultraje inferido por la implacable Lorenza a la esposa de Velázquez.

En los días en que Venezuela, después de las rotas de 1814, volvió a tener por gobernantes a los españoles, el señor Velázquez estaba oculto en el pueblo de Río Chico, donde tenía sus intereses; mas cuando ocurrieron las persecusiones y venganzas que siguieron a la salida de Bolívar de la ciudad de Caracas en agosto de 1814, hubo aquel de ser descubierto en su escondite por el amante de Lorenza, que figuraba como autoridad en los valles de Barlovento. Conducido al sitio que servía de plaza pública, es interrogado el pacífico Velázquez por el oficial a que antes nos referimos y cuyo nombre se ha escapado a nuestras pesquisas.

—«¿Dónde está tu mujer Eulalia?» pregunta lleno de ira y como estimulado por la venganza que abrigara en su pecho.

—«Nada sé de ella hace mucho tiempo», contesta Velázquez con reposo y dignidad.

—«Entrega esa insurgente, pues de lo contrario te fusilo», replica el oficial.

—«Repito que nada sé de mi esposa y que ignoro donde está».

Sin más fórmula que ésta, el oficial ordena al punto el fusilamiento de Velázquez, quien recibe la muerte sin proferir siquiera una palabra. A poco recibe en Mamporal el padre Velázquez la triste nueva de la muerte de su hermano, y como herido súbitamente por el rayo, cae en tierra sin aliento. Y aquellos dos hermanos, que tanto se habían amado en la vida, juntos bajaban a la tumba, como víctimas de su amor a la Patria americana.

Cansada Eulalia de esperar en Cartagena noticias del paradero de su esposo, resuelve dejar aquella plaza y trasladarse a las Antillas, para seguir desde aquí a Cumaná o Barcelona, donde se imaginaba encontrarlo en la casa de su padre.

Habían pasado los primeros meses de 1815, y tanto en Venezuela como en la Nueva Granada se aguardaba la poderosa escuadra española que debía llegar bajo las órdenes del General Morillo. Cartagena se apresta al combate: el grupo de hombres que la defienden, fugitivos

de las campañas de 1813 y 1814, acepta el reto de España y vá a luchar hasta el heroísmo. Morillo intimará la plaza, estrechará el sitio, y cuando todo esté perdido, los defensores se abrirán paso por en medio de la escuadra española y dejerán abandonada la ciudad, donde el vencedor podrá coronar con sangre su victoria.

Antes de llegar el momento de la lucha y sin que se tuvieran noticias de la próxima llegada de Morillo, Eulalia deja a Cartagena en compañía de las primeras familias que emigraron, las que, después de muchas penalidades, arribaron a las costas de Cumaná. A Eulalia sigue más tarde, yá entre los fuegos enemigos, el Licenciado Martín con su familia.

Tarea interminable sería referir las penalidades por las cuales pasaron las familias que abandonaron a Cartagena en los momentos de ser bloqueada la plaza por la escuadra española.

Impuesta Eulalia a su llegada a Cumaná de la triste suerte que habían corrido su esposo y su cuñado, refugióse en la casa de su padre, el cual había podido sustraerse a las persecusiones en un sitio cercano a Cumaná. Allí vieron correr padre e hija los últimos meses de 1815 y una gran porción de los de 1816, cuando Eulalia, conforme con estar al lado de su padre, tropieza, no sabemos si en Carúpano, Cumaná o Cariaco, con un oficial inglés, caballeroso, de aspecto marcial y de costumbres muy bien armonizadas con la educación que recibiera y los antecedentes de la familia a que pertenecía. Este joven oficial era el edecán de Bolívar, CORONEL CHAMBERLAIN, quien llegó a prendarse de la heroína en tal manera, que el padre de ésta tuvo que dar su asentimiento para el próximo enlace de la viuda.

¿Quién era Chamberlain?

Después de aquel triste suceso verificado en la capital de Jamaica en 1815—la muerte del joven venezolano Amestoy por el negro Pío...quien creyó haber asesinado a Bolívar—un amigo y admirador de éste, el respetable señor Chamberlain, ofrécele su hijo para que desde entonces lo acompañe como edecán. Era, como hemos expresado, un joven gallardo, de muy buena educación, caballeroso y digno; había servido durante dos años en el ejército inglés y aceptaba como una honra continuar en la carrera militar, al lado de Bolívar. desde entonces el joven Chamberlain acompañó al Libertador, yá en los paseos, yá en la casa que ambos habitaban.

Con Chamberlain figuraban entonces, igualmente como edecanes del Jefe Supremo de la Revolución, Palacios, Hernández, Pérez, Demarquet, Páez y otros más.

En su «Vida de Bolívar», Ducoudray Holstein nos retrata a Chamberlain como un espíritu recto y generoso, a quien Bolívar, después de haberle sondeado, le distinguía y apreciaba en gran manera. En efecto, desde Jamaica hasta la rota de Unare en 1817, Chamberlain aparece en todas partes al lado del Libertador. Antes del desastre de Cartagena, a fines de 1815, había salido de Jamaica en un buque del almirante Brión, con el objeto de desembarcar en la Popa de Cartagena, cuando en alta mar, el corsario «El Republicano» le da noticias de la toma de la plaza por los sitiadores, lo que hace a Bolívar regresar entonces a los Cayos de Haití, llevando con él a Chamberlain.

En la época en que se verifica la primera expedición contra Venezuela—primeros meses de 1816—Chamberlain aparece en los Cayos, Margarita, Carúpano y después en Ocumare, siempre al lado de Bolívar. Cuando éste deja el último puerto y se reembarca en la goleta «Diana», con él van Demarquet, Páez y Chamberlain, para llegar de nuevo a las costas de Haiti.

Más tarde, a fines de 1816, sale de Jacmel la segunda expedición contra Venezuela, donde llega el Libertador trayendo por edecanes a Palacios, Pérez y Chamberlain. El 31 de diciembre llega Bolívar a Barcelona y a poco se verifica el encuentro de Unare, donde los españoles derrotan a los patriotas. En esta batalla fué donde quedó herido Chamberlain. Ahora bien, si fué en Carúpano, en Cumaná, en Cariaco o en Barcelona donde el edecán de Bolívar se desposó con Eulalia Ramos Sánchez, es cosa que ignoramos.

Pero volvamos de nuevo a la heroína, que vá a aparecer en la última etapa de su gloria—en la «Casa Fuerte» de Barcelona—al lado de su esposo, el Coronel Chamberlain.

III

La "Casa Fuerte" de Barcelona en 1817.—Refriega de Unare.—Chamberlain es herido.—Asalto de los españoles a la "Casa Fuerte".—Ultima entrevista de los esposos.—Solemne juramento que se hacen.—Suicidio de Chamberlain.—Eulalia dá muerte a un oficial español.—Trágico fin de ésta.—Muerte de su padre.—Crítica histórica.—Discrepancia de los historiadores.—Restablecimiento de la verdad histórica.

Llegamos al último acto de este drama de sangre y de gloria.

La rota de Unare; la moral de nnestro ejército perdida; las rivalidades, que engendraban entre los jefes el desaliento y aun la insubordinación; todo ese cúmulo de dificultades en el bando patriota, debía traer por corolario el triunfo de las armas españolas en las costas de Barcelona y Cumaná y la ruina momentánea del partido americano.

En vista de todos estos tropiezos, Bolívar resuelve dejar guarnecida a Barcelona y seguir al Orinoco, donde le aguardaban imperiosas necesidades. No pudiendo llevar consigo a Chamberlain, por encontrarse éste muy indispuesto a consecuencia de la herida que recibiera en la refriega de Unare, ordena a su edecán que continúe bajo las órdenes del General Freites, jefe de los batallones que en la «Casa Fuerte» debían recibir el choque del ejército español, yá reconcentrado cerca de Barcelona, para avanzar sobre esta población con la seguridad del triunfo.

El 7 de abril, bajo las órdenes del coronel Aldama, el ejército español ocupaba a Barcelona y era igualmente dueño del puerto situado a poca distancia de la ciudad. Contaba por lo tanto, no sólo con las ventajas topográficas del campo de batalla, sino también con todos los recursos que iba a proporcionarle la flotilla surta en el puerto. Y mientras que en el ejército español todo obedecía a un sólo pensamiento, en el campo contrario habían tenido que pararse los trabajos de fortificación comenzados y una gran parte de la población, compuesta de hombres, de niños y de mujeres de todas condiciones y poseída de un pánico espantoso, se refugia-

ba en el antiguo convento de Franciscanos, donde se fortificó el ejército patriota.

Este edificio antiguo, lugar en otro tiempo de reposo y de meditación, es lo que se conoce en la Historia de Venezuela con el pomposo nombre de la «Casa Fuerte», cuando en puridad de verdad, no pasaba de ser una «casa débil», como yá en aquellos días lo había dicho una respetable matrona de Cumaná.

Referir la defensa heróica de los sitiados y el formidable empuje de los sitiadores; relatar los diversos episodios de aquella lucha sangrienta y desastrosa; asistir a la horrenda carnicería de aquella masa viviente de jefes y soldados, de mujeres y de niños; contemplar a los últimos lidiadores sostener el puesto, hasta exterminados se abran paso por entre la metralla y la muerte; escuchar los gritos quejumbrosos de las mujeres, sus oraciones y sus ruegos; presenciar los más escandalosos ultrajes inferidos a la honra y al pudor; seguir a los vencedores, ébrios de sangre y de pillaje, hasta los más recónditos lugares de aquel antiguo monasterio: materia sería ésta que nos haría escribir muchos capítulos. Ahí están los diversos historiadores de aquel día de llanto y exterminio, y sobre todo, las interesantes «Tradiciones de la Casa Fuerte», escritas por el señor Romero, a quien rendimos fraternal saludo.

¿Dónde estaba Eulalia, la esposa de Chamberlain, en el momento terrible en que los salteadores se lanzan por la brecha abierta y comienza la matanza?

Después de acompañar a los más esforzados defensores, Chamberlain, fatigado y dolorido a causa de la herida que recibiera en Unare, deja el lugar donde batalla y sale en solicitud de su esposa, la cual estaba en una pequeña celda del convento en unión de algunas otras señoras.

—«Estamos perdidos,—dice Chamberlain a Eulalia,—la brecha está abierta y todos seremos víctimas de los invasores».

Al oír estas palabras las señoras se echan a llorar y dirigen al cielo fervientes oraciones. Chamberlain, que se ha sentado en una silla de la celda, de pronto se levanta y echando la mano derecha en derredor del cuello de su esposa, dice a Eulalia:

—«Amada mía, júrame, júrame que al verme quitar la vida, tú me sigues». A lo cual contesta ella:

—«Te lo juro una y mil veces».

Chamberlain agrega entonces: —«Respiro»!...

La idea de que su esposa fuera presa de oficiales licenciosos y víctima de la desenfrenada soldadesca, acababa de disciparse para él en aquel instante. Entonces, desatándose una de las pistolas que llevaba al cinto, entrégasela a Eulalia y le dice:

—«Toma, amada mía y aguarda».

De repente, las señoras se ven envueltas entre las personas que huyen y los invasores que penetran por todas partes. Sin saberlo, Eulalia es separada de su esposo y con las mujeres que la acompañan es empujada hacia el extremo de uno de los corredores altos. En este momento se escucha un pistoletazo en la celda donde quedó Chamberlain. Este acababa de suicidarse.

Eulalia escucha el tiro, no le es dado retroceder, y precipitada por la ola invasora, llega a una de las salidas del convento. Un oficial español, antes de llegar Eulalia a la calle, le ofrece salvarla, y algo le dice que ofende el pudor de la heroína.

—«Grita: viva España, mueran los patriotas, y te salvo», le dice el oficial. Pero Eulalia, con la mirada del pensamiento puesta en su marido, y obedeciendo a una voz secreta de su conciencia, arma con rapidez la pistola que ocultaba y al grito de: "Viva la Patria, mueran sus tiranos", descarga el arma sobre el pecho de tan pérfido amante, que cae muerto a los pies de la heroína.

Lo que pasa en seguida es una escena espantosa. Sobre aquella mujer, realzada por el deber y el patriotismo, descargan los soldados sendos golpes con sus armas, cuando yá es cadáver, le arrancan las sortijas que brillan en sus dedos, córtanle las orejas y las manos, mutilan a su gusto aquel cuerpo ensangrentado y lo amarran a la cola de un caballo.

Así termina la existencia de aquella valerosa espartana, a quien Dios había destinado para ser una de las más valerosas heroínas de la emancipación del Nuevo Mundo.

Cuanto acabamos de narrar, respecto de los últimos momentos de Eulalia y de su esposo, está confirmado por la relación verídica de una de sus compañeras y amigas en aquel solemne día del asalto a la «Casa Fuerte»: la señora Reyes Meleán, natural de Maiquetía, que hubo de presenciar cuanto dejamos consignado en estas páginas, por haber salvado la vida milagrosamente, ocultándose tras de una de las puertas, observando desde allí la horrible escena, como la describe.

Cuando después de Carabobo comenzaron a volver del ostracismo las familias caraqueñas, la señora Meleán, que guardaba un recuerdo de Eulalia, presentóse en La Guaira a la señora Josefa Pía de Martín, una de las hermanas de la heroína; y después de referirle los pormenores de la muerte de ésta, le entregó una pequeña tarjeta donde está el retrato en miniatura de la sublime espartana, que es el que conservan sus deudos. Dijo que aquel día estaba Eulalia, vestida de blanco, lindísima; la llamaban la caraqueña bonita; y que antes de el asalto habían oído misa juntas.

Esto pasaba en los días en que sucumbía el respetable señor don Francisco Antonio Ramos Este anciano venerable murió casi en la miseria, mas pudo legarle a los hijos que le sobrevivieron una fortuna que él había aglomerado con el trabajo, y un nombre honrado qne habrá de ser preclaro timbre de sus descendientes.

Entremos ahora en otro género de consideraciones. Sometamos a la crítica histórica cuanto se ha escrito acerca de la heroína, para dejar establecida la verdad en este punto. Es indudable que cuanto dejamos referido sobre los orígenes, nombre y vida de Eulalia Ramos de Chamberlain, son hechos ignorados de los historiadores de Venezuela y de Colombia, excepto el trágico fin de aquélla, en el cual todos convienen.

El primer escritor americano que hubo de referirlo fué Andrés Bello, que colaboró en 1824 a la redacción de la Biblioteca Americana. En su «Alocución a la Poesía», el poeta dedica a la memoria de los esposos los siguientes versos:

> Tú pintarás de Chamberlén el triste
> pero glorioso fin. La tierna esposa
> herido va a buscar; el débil cuerpo
> sobre el acero ensangrentado apoya;
> estréchala a su seno,—"Libertarme
> de un cadalso afrentoso puede sólo
> la muerte, dice: este postrero abrazo
> me lo hará dulce: ¡adiós!" Cuando con pronta
> herida va a matarse, élla atajando
> el brazo alzado yá—"¿Tú a la deshonra,
> tú a ignominiosa servidumbre, a insultos
> más que la muerte horribles, me abandonas?"

"Para sufrir la afrenta falta, dice,
valor en mí: para imitarte, sobra.
Muramos ambos." Hieren
a un tiempo dos aceros
entrambos pechos, y abrazados mueren.

El hecho es falso, aunque la idea es verdadera. Los esposos no estaban juntos, ni murieron en un mismo instante. Como yá lo hemos dicho, Chamberlain se quitó la vida antes que muriera Eulalia. Una misma causa, un mismo pensamiento precipita al uno al suicidio, a la otra a la defensa de la honra.

Todos los historiadores están de acuerdo en que Eulalia dió la muerte a un oficial español y en que fué al instante descuartizada por la soldadesca; pero difieren en cuanto al lugar donde fué sacrificada, como con razón asienta el señor Romero en sus «Tradiciones de la Casa Fuerte».

Baralt y Restrepo no indican el lugar de la desgracia.

Según el autor de «Venezuela Heroica», la heroína arrebata una pistola del cinto del oficial y la dispara sobre éste a quema ropa. Ambos mueren en un corredor del monasterio.

En las «Tradiciones de la Casa Fuerte, por Romero, la heroína muere en una de las calles de Barcelona; mientras que de la relación que hizo a la familia de Martín, en 1821, la amiga y compañera de Eulalia, resulta que fué al salir de la «Casa Fuerte» a la calle.

La discrepancia en que están los historiadores respecto del lugar y demás accidentes que acompañaron a la escena final de aquel sangriento drama, poco importa, si ésta fué consumada quedando muerto el oficial español y la célebre heroína. La parte sublime de esta tragedia no la realzan el lugar en que se verificó ni los pormenores que le precedieron, sino la resolución de Eulalia y el juramento solemne que se hacen los esposos de quitarse la vida antes que ser víctimas del ultraje.

Respecto al nombre de la heroína, éste fué dado a conocer desde 1853 en un folleto intitulado «Las Víctimas de Barcelona». En este trabajo se le da el nombre de «Eulalia Reyes», mientras que en Restrepo, «Historia de Colombia», y en los historiadores que le han seguido se la conoce con el de «Eulalia Buroz». En el primer caso, si «Reyes» no está por «Ramos», vino a la mente del escritor el nombre de la amiga y compañera de Eulalia, la señora "Reyes" Meleán. En el segundo, el error obe-

dece a reminiscencias favorables: la celebridad de una familia cuyos méritos figuran en primera escala en la época de la Revolución. Nos referimos a la familia Buroz, única de este nombre que existe en Venezuela.

A mediados del último siglo vinieron a Caracas, como empleados del gobierno español, dos respetables caballeros, hijos de la Villa de Balcarrota en Extremadura: fueron los hermanos Justo y Evaristo Buroz, canónigo el uno de la Iglesia Metropolitana de Caracas, y capitán de ejército el otro, en uno de los batallones que de la península fueron enviados a esta capital. Cuando estalló la revolución de 1810, el oficial había muerto yá, dejando una familia joven, la cual abrazó desde luego la causa americana. Víctimas y héroes de la guerra a muerte fueron tres de los jóvenes mayores, Lorenzo, Venancio y Pedro Justo Buroz. Cúpole a Vicente la buena suerte de sacar boleta blanca cuando fué sorteado en Puerto Cabello en 1812 y a Lope, el menor de los varones, la gloria de acompañar a Bolívar hasta Boyacá, y más tarde a Páez en Puerto Cabello. Lope murió en edad provecta y lleno de méritos sobresalientes, que harán siempre grata su memoria, así como también la de sus hermanos que le precedieron en la muerte. De las hembras, Manuela aceptó desde remotos tiempos el convento; Olalla fué la esposa del General Soublette y Gertrudis, la del Doctor Cristóbal Mendoza; personajes estos dos de talla muy notable en la revolución venezolana. Pero sobre todas estas figuras de las pasadas épocas, ya en el reposo de la tumba, descuella la noble matrona Doña Josefa Antonia Tovar de Buroz, una de las heroínas de la Revolución, compañera de Manuela Aresteiguieta de Zárraga, ambas sentenciadas a muerte por Moxó y salvadas por los nobles esfuerzos de Zaavedra.

Conocedor el historiador Restrepo del glorioso acontecimiento verificado en 1817 en la «Casa Fuerte» de Barcelona, agrega, al referirlo, una nota en la cual llama «Eulalia Buroz» a la esposa de Chamberlain, no conociéndose en Venezuela, antes y después de la fecha en que el historiador escribía sino una «Eulalia», la respetable matrona doña Olalla Buroz, esposa del General Soublette.

El error fué conocido en el acto, pues habiendo el autor enviado un ejemplar de su obra a su amigo y compañero en la Gran Colombia, el General Soublette, a la sazón en Bogotá, éste, después de haber leído el importante trabajo de Restrepo, le felicita, y agrega: que era una equivocación llamar a la heroína de Barcelona Eulalia Buroz, pues la única de este nombre que se conocía en Venezuela era la

esposa, que aún vivía y le acompañaba. Muy natural era que un miembro de la familia Buroz desvaneciera el error cometido por el historiador, tanto más, cuanto que ya había sido rectificado del mismo modo por una de las sobrinas de Eulalia, la cual existía en la misma fecha en Bogotá y vive hoy en Caracas: la señora Carmen Martín de Rivas. Mas a poco falleció el señor Restrepo y todo quedó como estaba.

Hé aquí una mujer admirable en el grupo de las heroínas americanas. Tema fecundo es este, digno de la novela y del drama. La vida de esta célebre mujer, desde el día en que bajo la sombra de la montaña cava la tierra para sepultar el cuerpo de su hija primogénita, hasta aquel en que cubierta con el escudo de la honra y sostenida por el amor sagrado de la Patria, deja tendido a sus piés al que en mala hora osó empañar su nombre, es digna de las más altas inspiraciones del arte. Y el anciano padre, pobre, ciego, muriéndose lejos de sus hijos, al retumbar el cañón de Carabobo, da a esta historia un carácter único: es la victoria que sonríe después de la catástrofe; la corona del triunfo que brilla sobre los despojos de las víctimas.

Caracas: 24 de enero de 1885.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS
Reg BA - 13930
Clas.